

prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortísimos entendimientos no nazca del enemigo de la salvación y del espíritu de orgullo!

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN CLETO, papa, en Roma, el segundo que gobernó la Iglesia después de S. Pedro apóstol; fué coronado con el martirio en la persecución de Domiciano. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MARCELINO, papa y mártir, allí mismo, el cual en tiempo de Maximiano por defender y confesar la fe de Jesucristo fué degollado en compañía de CLAUDIO, CIRINO y ANTONINO: fué tan cruel la persecución que entonces se levantó, que en un mes fueron martirizados diez y siete mil cristianos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN BASILEO, obispo y mártir, en Amasea del Ponto, el cual impediendo Licinio padeció glorioso martirio; su cuerpo lo echaron en el mar, y después lo halló Elpidiforo por aviso de un ángel, y lo enterró honoríficamente.

SAN PEDRO MÁRTIR, primer obispo de Braga, en Portugal. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CLARENCIO, obispo y confesor, en Viena.

SAN LUCIDIO, obispo, en Verona.

SAN RICARIO, presbítero y confesor, en el monasterio de Centola.

SANTA EXUPERANCIA, virgen, en Champaña.

SAN CLETO, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Cleto fué romano; y habiéndole convertido á la fe el apóstol S. Pedro, se hizo discípulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fué ejemplo y modelo de todo el clero de Roma, así por su zelo, como por su fervor y admirable devoción.

Con su afabilidad conquistaba los corazones de todos, hasta de los mismos paganos; y el grande amor que profesaba á Jesucristo, daba á entender que habia heredado de su maestro aquella singular ternura, con que éste habia mirado siempre al Salvador. Hacia S. Pedro tanto aprecio de S. Cleto, que se cree, y con razon, haberle escogido juntamente con S. Lino, no solo para trabajar á su vista en Roma y sus contornos, como los demás operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para que en su ausencia gobernasen aquella primera iglesia del mundo.



S. CLETO PAPA Y M.

Habiendo terminado S. Pedro el año 67 del Señor su gloriosa carrera por medio del martirio, le sucedió inmediatamente san Lino, y á S. Lino sucedió S. Cleto. Bien era menester un pontífice tan grande en aquellos dificultosos tiempos de una Iglesia recién nacida y de una persecucion tan universal, en que los fieles estaban tan necesitados de quien los socorriese y los alentase. Todo lo hallaron en la inmensa caridad de nuestro Santo. No hubo provincia tan remota en toda la estension del imperio romano, no hubo rincón tan escondido que no sintiese los efectos de su caridad y de su zelo en las necesidades de los cristianos. A unos socorria con limosnas, á otros alentaba con sus cartas, y á todos dirigia y consolaba con sus paternales instrucciones. Aunque el rebaño era muy numeroso, á todo proveia el vigilante pastor. Ordenó en Roma á veinte y cinco presbíteros, y no omitió medio alguno de cuantos podian contribuir al bien, aumento y propagacion de la Iglesia.

Habia doce años que la gobernaba con toda aquella vigilancia, prudencia y acierto que se podia esperar de uno de los mas amados discipulos del Príncipe de los Apóstoles, cuando Domiciano, el tirano mas cruel y el mas mortal enemigo de los cristianos que hasta ahora se ha conocido, escitó contra ellos una de las mas horribles persecuciones que padecieron jamás. No se pueden decir las crueldades que ejerció contra los siervos de Cristo, cuyo nombre estaba resuelto á esterminar. A un mismo tiempo rompió la tempestad en todas partes: en un solo dia se contaron muchos millares de mártires; y en todos los rincones del mundo corrian arroyos de sangre de aquellos héroes cristianos.

Pero hacia poco caso el tirano de la esterminacion del rebaño, mientras quedase con vida el pastor; y así convirtió contra él toda su rabia. Mandó que fuese buscado el pontífice romano, el cual no cesaba de correr dia y noche por la ciudad y por la campaña, arrastrado, digámoslo así, por grutas y por cavernas, para asistir y consolar á los fieles. Fué preso S. Cleto, y metido en una cárcel cargado de cadenas. La alegría que mostró, con admiracion de todos, acreditaba el deseo que tenia de derramar su sangre por Cristo; pero la impaciencia con que estaba el tirano por verle acabar la vida, le ahorró muchos tormentos. Fué, pues, martirizado en Roma el dia 26 de abril del año de 96. Consérvase su cuerpo en la iglesia de S. Pedro en el Vaticano, y se muestran algunas de sus santas reliquias en la de S. Pablo de Plaza Colona.

Hónrale como á su patrono y titular la ciudad de Ruvo en la antigua Calabria, creyéndose en ella, por antigua tradicion, que

habiendo venido á ella S Cleto, viviendo todavía S. Pedro, ó poco despues de su muerte, siguiendo sus carreras apostólicas, convirtió á la fe á la mayor parte de sus vecinos, y fué su primer obispo, ó á lo menos su apóstol, antes de ascender al sumo pontificado.

SAN MARCELINO, PAPA Y MÁRTIR.

FUÉ S. Marcelino de Roma, hijo de uno que se llamaba Proyecto. Sus grandes prendas y virtud se dejan conocer por lo mucho que se distinguia en el clero, y por la general estimacion que se merecia en toda la ciudad. Habia hecho importantes servicios á la Iglesia en el pontificado de S. Cayo. Era sabio en la ciencia de los santos; infatigable en el trabajo; y estaba bien instruido en las necesidades de la Iglesia; por lo cual, despues de la muerte de S. Cayo, fué escogido para gobernarla en aquellos horribles tiempos del imperio de Diocleciano y Maximiano, enemigos inexorables del nombre cristiano, que habian jurado perder á la Iglesia del Señor. Ascendió S. Marcelino á la Silla apostólica el año de 296. Asegura Teodoreto, que supo adquirirse grande gloria en tiempos tan calamitosos. Era de gran consuelo su prudencia y su virtud en medio de un pueblo, á quien el nombre solo de cristiano irritaba y enfurecia; y su zelo se dejó sentir de los fieles. Hacia el año 303 se declaró la guerra contra la Iglesia, y publicó Diocleciano nuevos decretos, mandando que se emplease todo género de tormentos para esterminar de una vez á los cristianos. Fué tan horrible la persecucion, que en menos de un mes se contaron quince mil mártires. No perdonó al pontífice de Roma; porque echando mano de Marcelino, y arrastrándole á la cárcel, le hicieron padecer todo cuanto puede inventar un pueblo furioso para cansar la mas sufrida paciencia.

Usaron de todas las amenazas que pudo discurrir la mas bárbara inhumanidad para intimidar á un pobre viejo: lleváronle arrastrando al templo de Júpiter, y amenazándole que le harian sufrir de una vez todos los suplicios, si no sacrificaba á los dioses, le obligaron á ofrecer incienso á los ídolos. Olvidado entonces Marcelino de quien era, vencido del temor de los tormentos y abatido de su propia flaqueza, cayó en la miseria de ofrecer incienso á los dioses falsos, afligiendo y contristando á la Iglesia con tan funesta caída.

A la verdad, no duró mucho, porque inmediatamente se siguió el arrepentimiento. Apenas se vió en libertad, cuando penetrado del mas vivo dolor, se entregó todo á las lágrimas y á los

suspiros. Horrorizado con la gravedad de su culpa, y no queriendo perder un instante de tiempo para reparar el escándalo, escribió luego á todos los obispos que podian juntarse prontamente, y los convocó para Sinuesa, ciudad de Italia en la Campaña, ó tierra de Labor.

Habiendo concurrido á ella muchos obispos, se dejó ver el papa Marcelino en medio del concilio en traje de penitente, y deshaciéndose en lágrimas, pidió á los padres le alcanzasen del Señor el perdon de su enorme culpa, y le impusiesen por ella la penitencia que gustasen. Aturdidos los padres al ver en estado y traje tan humilde á la cabeza visible de la Iglesia, le respondieron todos á una voz: «La primera silla del mundo no reconoce tribunal superior, ni puede ser juzgada de algun otro. Pues imitasteis á Pedro pecador, imitad á Pedro penitente; sed su copia, así como sois su sucesor. Por su contricion y por sus lágrimas obtuvo él la remision de sus pecados: por las vuestras debeis vos esperar de la bondad infinita de Dios la remision de los vuestros. Ninguno de nosotros tendrá osadía para juzgaros; sed vos mismo vuestro juez; á vos os toca reparar el escándalo que habeis dado.»

No dilató mucho tiempo el repararle. En aquel mismo dia se presentó él propio ante el juez, y le dijo con valor, que si por haber presumido demasadamente de sus propias fuerzas, habia tenido la desdicha de ceder al miedo de los tormentos, esperaba ahora en la gracia de Jesucristo, único y solo Dios verdadero, que repararia su flaqueza, padeciendo por la fe, que confesaba, los mas horribles suplicios. Presentáronle luego á Diocleciano, y viéndose Marcelino en su presencia, le dijo: «Confieso, señor, que tuve la desgracia de dejarme intimidar de vuestras amenazas, y de ofrecer incienso á los ídolos; pero aquí estoy para reparar mi culpa. En vuestras manos me teneis: cuanto mas me hicieris padecer, mas contentareis la ansia que tengo de hacer penitencia. Bien podeis atemorizar á los cristianos, y bien pueden apostatar algunos tan flacos y tan miserables como yo; pero ni nuestra miseria ni vuestros tormentos podrán derribar la Iglesia. Cristo, mi divino Salvador, único y solo Dios verdadero, la cimentó sobre un fundamento inmutable y eterno.»

Irritóse tanto el tirano al oír aquella tan generosa confesion de nuestro Santo, que mandó le cortasen al punto la cabeza, lo que se ejecutó al instante. Y de esta manera reparó este ilustre mártir y santo papa, con el derramamiento de su sangre, su triste caída, y el escándalo que habia dado.

No ignoro que algunos autores modernos han querido poner

en duda este hecho; pero habiendo pesado bien sus razones, me pareció mas acertado deferir á los autores que florecieron mas ha de mil y doscientos años, y á la de unas actas tan antiguas, que á la crítica poco segura de los que escribieron de ayer acá.

Mas de un mes estuvo en la plaza, donde se ejecutó la sentencia, el cuerpo de nuestro Santo, con los de S. Claudio, Quirino y Antonino, por haber mandado el emperador que ninguno los diese sepultura; pero al fin el presbítero Marcelo los hurtó de noche, y los enterró en el cementerio de Priscila. Aseguran muchos que el año de 849 el papa Leon IV regaló el cuerpo de S. Marcelino á Nomenoy, duque de Bretaña, que habia tomado el título de rey; y que fué llevado con gran pompa á la abadía de S. Salvador de Rodon, en la diócesis de Vanes, cuyo abad era S. Couvoyon, que hacia oficio de embajador de Nomenoy cerca del papa.

SAN PEDRO MÁRTIR, OBISPO DE BRAGA.

AUNQUE nos dicen varios escritores de este celeberrimo prelado que fué de origen judío, llamado Malaquias el anciano, ó Samuel el jóven hijo de Urias, enviado á España con otros muchos de su nacion por Nabucodonosor en tiempo de la espugnacion de Jerusalem; á lo que añaden que le resucitó en Braga el apóstol Santiago casi seiscientos años despues de su muerte; con todo graduan esta noticia por fabulosa los mejores críticos, que solo estiman por actas legítimas las que suponen haber sido este ilustre prelado uno de aquellos zelosísimos discípulos que tuvo Santiago, cuando ilustró á España con la luz del Evangelio. Conoció el santo apóstol lo mucho que contribuiría para sus gloriosas conquistas un ministro del carácter de Pedro, y le consagró obispo de Braga, que fué metrópoli de la provincia Lusitana en tiempo de los romanos, y tambien en el de los godos.

Colocado Pedro en tan eminente dignidad, predicó la fe de Jesucristo á la multitud de infieles de que se componia aquella numerosa ciudad: mostróles las verdades esenciales de nuestra santa religion con el mismo espíritu, y con el mismo valor que su maestro; y no pudiendo resistirse los idólatras á los concluyentes discursos, con que les hizo ver los crasos errores que adoptaban en sus ridículas supersticiones, y en sus horrendos sacrificios, por los que tributaban el culto debido al verdadero Dios á unas estatuas vanas, redujo á no pocos infieles al verdadero conocimiento de la ley evangélica. Mucho contribuyeron para

este logro los portentosos milagros con que confirmó Pedro la doctrina que predicaba: entre los que fué muy memorable la prodigiosa curacion de una lepra asquerosa que padecia la hija del régulo, regente ó gobernador de la provincia, por cuyo beneficio abrazó ésta con su madre nuestra santa religion. Un suceso tan feliz encendió mas el zelo al varon apostólico; y no contento con la regeneracion de aquéllas en Jesucristo, hizo conocer á la noble doncella el mérito y las prerogativas de la virginidad, de suerte que se resolvió firmemente á guardar esta virtud tan agradable á los divinos ojos.

Llegó á entender el gobernador los progresos que Pedro hacia en la religion cristiana especialmente con su mujer, y con su hija; y olvidándose del agradecimiento que debia al gran beneficio que ejecutó con ésta, quiso quitarle la vida. Supo el ilustre obispo la determinacion del régulo; pero considerando que podria ser útil á su iglesia recién plantada, se ausentó secretamente de Braga, mientras se resfriaba la cólera del ingrato gobernador. No le valió al varon apostólico un efugio tan prudente, porque como los deseos de aquel tirano eran acabar con el célebre operario del Padre de familias, á quien miraba como el mayor enemigo de sus falsos dioses, despachó en su busca fieros ministros para que le diesen muerte. Encontráronle en un pueblo llamado Rates, distante de Braga como unas cuatro ó cinco leguas; y sin que precediese alguna de las formalidades acostumbradas en semejantes juicios, le dieron muerte alevosa delante del mismo altar donde ofrecia á Dios el santo sacrificio. Dejaron tirado por el suelo el venerable cuerpo del ilustre mártir; pero no atreviéndose los pocos cristianos que habia en aquella poblacion á darle sepultura por temor de los perseguidores, providenció el Señor quien hiciese aquel oficio piadoso.

Hallábase cerca de Rates un varon virtuoso llamado Feliz, que se habia retirado á la cumbre de un monte, con el noble objeto de seguir el tenor de la vida eremítica. Vió subir de Rates hácia el cielo unas luces de extraordinario resplandor, y conduciéndose al sitio que indicaban, halló el cuerpo del insigne mártir envuelto en su propia sangre. Dióle sepultura en el mismo lugar, si no con la pompa funeral que exigía el mérito del célebre mártir, á lo menos con aquellos afectos de veneracion que inspira nuestra santa religion para con héroes que la ennoblecieron con su sangre; manteniéndose en aquella humilde situacion, hasta que cesó el furor de la persecucion; y luego que gozó de paz la Iglesia, erigieron los fieles un templo magnífico en honor del Santo, cuyo sepulcro quiso el Señor hacer célebre

con algunas curaciones milagrosas que se refieren en los brevarios de Braga.

En Rates permaneció el cuerpo del santo obispo en grande veneracion hasta el dia 17 de octubre del año 1552, en que por solicitud del arzobispo de Braga D. Baltasar Limpoo fueron trasladadas á la iglesia catedral, saliendo á recibirlas en procesion solemne los cabildos eclesiástico y secular con todos los ciudadanos. Provisionalmente se depositaron en la capilla mayor, mientras se disponia lugar decente para su colocacion, la que con efecto se hizo en la capilla de S. Pedro sita al lado del Evangelio sobre un altar especial del Santo; en cuyo sepulcro se esculpíó en idioma portugués la inscripcion siguiente: *Aquí yace el cuerpo de S. Pedro mártir, discípulo de Santiago, trasladado de la iglesia de Rates á este sepulcro en el dia 17 de octubre del año 1552.* Concluido este acto, dispuso el mismo arzobispo que se pusiese una parte del cráneo del venerable prelado en un costoso relicario, el que se guardase en la sacristía para darle á adorar á los fieles; y tambien fundó cinco capellanías, para que sus poseedores celebrasen el sacrificio de la misa diariamente en la misma capilla, á la que están concedidas varias indulgencias por la santa Sede. A este Santo llaman unos *Bracarense*, por la silla, otros de *Rates ó Raticense* por el lugar donde padeció.

TRASLACION DE SANTA LEOCADIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

EL cuerpo de la santa vírgen Leocadia, mártir española del siglo IV, cuya vida escribiremos el dia 9 de diciembre, fué sepultado junto á Toledo su patria donde habia padecido, en un templo que se edificó fuera de la ciudad en la vega, no léjos del Tajo. En este templo por respeto á tan venerables reliquias se mandaron enterrar S. Ildefonso y otros prelados, y se celebraron los concilios IV, V, VI y XVII de Toledo. Allí se conservó hasta la destruccion de España por los moros, con cuyo motivo escondieron los fieles muchas reliquias, otras retiraron á Oviedo y á otros lugares más seguros. Del de nuestra Santa creen unos que fué á parar á Oviedo donde hay una iglesia ó capilla dedicada á su nombre, la cual fundó el rey D. Alonso el Casto con otras reliquias. Otros dicen que los cristianos lo escondieron en su misma iglesia. Sea entonces ó en los tiempos siguientes, fué á parar á Flandes al condado de Hannonia, que los naturales llaman Henegan, á la diócesi de Cambray al monasterio de Cella de la órden de S. Benito, dedicado á S. Gislen, cuyos monges celebran como nosotros la fiesta y martirio de Sta. Leocadia el

dia 9 de diciembre. De este monasterio se trajo á España el hueso entero de la pierna derecha de la Santa desde la planta del pié hasta la rodilla por los tiempos de Felipe I y D.^a Juana, padres del emperador Carlos V; y el rey, á quien se habia hecho este sagrado presente, lo ofreció á la iglesia de Toledo el año 1500 juntamente con una naveta de plata y de nácar preciosa y de estraña hechura, donde se colocó la reliquia.

Despues D. Alonso Manrique, cardenal y arzobispo de Sevilla, que fué natural de Toledo, pidió con instancia á los monges de S. Gislen le hiciesen gracia de enviar lo restante del cuerpo de Sta. Leocadia á Toledo; y ellos por entonces no quisieron privarse de tan gran tesoro. En el año 1538 el cabildo de aquella santa iglesia les envió sus cartas y embajada, pidiendo encarecidamente le envasen razon y testimonio por qué caminos y en qué tiempo fueron á su poder estas santas reliquias. A lo cual los monges no pudiendo responder cosa cierta, enviaron copia de los oficios y lecciones de que ellos usaban en la fiesta de Sta. Leocadia. Algunos años despues Miguel Hernandez, sacerdote de la Compañía de Jesus, español natural de Mora, hallándose en Flandes con el ejército de Felipe II, viendo que algunas abadías y templos de aquellos estados habian sido asolados, y muchas y cuerpos de santos maltratados, quemados y destruidos por los herejes, temió no sucediese otro tanto al cuerpo de la gloriosa Leocadia. Procuró que de esto se diese noticia al arzobispo de Toledo, que lo era entonces el cardenal D. Gaspar de Quiroga; y con el favor de Alejandro Farnesio, gobernador y capitan general de S. M. de aquellos estados, consiguió que el sagrado cuerpo viniese á su poder. Hizose esta donacion y entrega con gran solemnidad á 8 de febrero de 1583. Algunos por entonces pusieron en disputa si esta Santa era la española ú otra del mismo nombre. Pero ya no hay que tratar de esto, dice el P. Mariana, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la verdad, cuando al mismo tiempo que escribiamos esta historia, de aquel destierro, con increíble concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas partes, á 26 de abril del año 1587, fué restituida á su patria por diligencia y autoridad del señor rey D. Felipe II de España. Baronio dice que en sus dias entró en Roma esta preciosa reliquia cuando la traian á España. Antes de llegar á Toledo la dejaron en Olias, que está legua y media de la ciudad, y de allí la llevaron á la antigua casa donde estuvo su sepulcro, desde donde fué trasladada á la santa iglesia en una solemnisima procesion de todo el clero de la ciudad y de ochenta lugares de

su jurisdiccion. Halláronse en esta fiesta solemnísima Felipe II, y sus hijos el príncipe D. Felipe y la infanta Isabel Clara, y su hermana D.^a María de Austria, emperatriz de Alemania, mujer que fué del emperador Maximiliano II. La historia de lo que sucedió en este santo viaje escribió como testigo el mismo, el P. Miguel Hernandez y también Pedro Sanchez de Acre, racionero de la santa iglesia de Toledo, en la vida de los emperadores. La descripción de las fiestas que se hicieron en Toledo para recibir el cuerpo de Sta. Leocadia se halla en Pisa, *Historia de Sta. Leocadia, cap. 10.* Celébrase hoy la fiesta de esta traslación por autoridad de Sixto V.

La Misa es en honra de los Santos Cleto y Marcelino, y la oración la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que en las fiestas de tus pontífices y mártires Cleto y Marcelino, merezcamos su poderosa protección, y que por su intercesión sean gratas á vos nuestras oraciones. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo 1 de la primera del apóstol san Pedro.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual por su gran misericordia nos reengendró á una viva esperanza, por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, á una heredad incorruptible, é incontaminada, é inmarcescible reservada en los cielos para vosotros, quienes por virtud de Dios sois guardados por la fe para la salud,

que está preparada para manifestarse en el tiempo postrimero. En el cual os regocijaréis, si por ahora conviene que seais algo alligidos con varias tentaciones; para que la prueba de vuestra fe sea hallada mas preciosa que el oro (el cual se prueba con el fuego) para alabanza y gloria, y honor en la manifestación de Jesucristo Señor nuestro.

REFLEXIONES.

El Señor, segun su gran misericordia, nos ha reengendrado en la viva esperanza de aquella herencia, que no está sujeta á corromperse, ajarse, ni marchitarse, la cual está reservada para vosotros en el cielo: *Qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam.... in hereditatem incor-*

ruptibilem, et incontaminatam, et inmarcescibilem, conservatam in caelis in vobis. ¿Qué herencia es esta? ¿y quiénes son los que la logran? Una felicidad sin límites, sin medida; un bien inmenso, eterno; una alegría pura, colmada, esquisita; una tranquilidad inalterable; una hartura, una saciedad de todos los deseos; un lugar que es por excelencia todas las dignidades, término feliz de todos los honores: en una palabra, es la posesión del mismo Dios. ¿Y quiénes son los dichosos herederos de esta herencia? Nosotros, todos los cristianos. ¡Y es posible que pueda algun otro objeto escitar nuestro apetito, lisonjear nuestra ambición, ni divertir nuestros deseos! ¡es posible que otro bien alguno pueda mover, embelesar, satisfacer tanto al alma, que la haga olvidarse de su herencia, hasta hacerse digna de ser desheredada! ¡puede haber locura mas de bulto! ¿Y en qué otro sentido puede entenderse aquella sentencia del Sabio, que es infinito el número de los necios?

Espérase en el mundo alguna herencia: ¿á qué cosas no se sujeta el que tiene esta esperanza? ¿qué leyes tan duras no se impone? Continuo y molestísimo cortejo; condescendencia eterna y universal; sumisiones que humillan, sufrimiento, bajezas, lisonjas, vigiliias, disgustos, todo se traga, nada le aterra. ¡Y esto por una esperanza poco segura, muchas veces mal fundada, y por unos bienes siempre vacíos, siempre caducos, siempre falsos! Y una esperanza infalible en el motivo que la anima, que tiene por objeto un bien lleno, sólido, eterno, incapaz de corromperse, podrirse, ni marchitarse: un bien que él solo vale por todos los demás bienes, y que sin él todos los demás son un sueño, una sombra, una apariencia, una nada; esta esperanza á nada nos alienta! ¡nada hacemos por ella! ¡Mi Dios, qué pobreza de entendimiento! ¡qué corrupción de corazón! ¡qué fascinación ó qué ceguedad mas lamentable que la nuestra si suspiramos por otro bien; si nos dejamos deslumbrar por la vana esperanza de otra herencia! ¡Ah, Señor, qué verdad hay mas palpable! ¡pero qué pocos la conocen! Léense estas reflexiones sin hacerlas. Conviene todos sin dificultad en que no hay otros bienes sólidos sino los eternos; en que todo lo transitorio debe ser para nosotros muy indiferente; y en medio de eso los bienes presentes son los que únicamente nos hacen fuerza. ¡Oh, y cuanta verdad es, que ninguno puede ser verdaderamente cristiano, sin ser verdaderamente hombre de razón; y que cuando se debilita la fe, también se debilita el entendimiento! El que se considera como peregrino ó como forastero en este mundo, poco caso hace de sus bienes ni de sus males. Las aflicciones de

esta vida avivan el ansia de los bienes de la otra: pesa poco la cruz á una alma que está animada con una viva esperanza; antes bien salta de gozo al verse afligida con diferentes pruebas por un poco de tiempo, sabiendo bien que los trabajos y adversidades de este mundo son como fianzas y prendas de la herencia que nos está prometida. En este sentido una persona pobre, enferma, perseguida, despreciada, abandonada, es una rica heredera. No repara en lo que tiene, sino en lo que tendrá. El heredero presuntivo de un reino goza todos los honores, aunque no goce las rentas ni la autoridad. Ahora soy un pobre pastor, decia en otro tiempo David, pero despues seré rey. Tengamos una fe animada, una esperanza viva, una virtud constante, y nos hará saltar de gozo el pensamiento de la eternidad.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan, y el mismo que el dia XXII, pág. 364.

MEDITACION.

De la eternidad infeliz.

PUNTO PRIMERO. — Considera que despues de esta vida tan corta, tan frágil, que á cada hora y á cada instante se nos escapa; despues de este puñado de dias tan tristes y tan inquietos, hay otra vida que ha de durar para siempre: dichosa para los que se salvan; pero sumamente infeliz y desgraciada para las almas que se condenan. ¡Ah! ¿y de qué número seré yo? ¿cual será mi destino? Si no soy eternamente feliz, seré infeliz eternamente. No hay medio entre estos dos extremos. El sarmiento que no está unido á la vid, solo sirve para el fuego; y aun si la semejanza fuera en todo perfecta! ¡si el condenado, que es arrojado en las llamas, se consumiera en ellas! Pero el caso es, que aquel fuego conserva á los mismos que abrasa.

Es la eternidad infeliz un estado, en que, por decirlo así, todas las diferencias de tiempo concurren y se reunen en un mismo punto, para hacer mas infeliz al alma que se condena. ¡Qué novedad! ¡qué desesperacion para una alma, acostumbrada acá abajo á esta continua sucesion de tiempos y de estaciones, de dias, de meses y de años; divertida con la variedad, y entretenida con la mudanza; que en un momento se hallá en aquel abismo infinito de la eternidad, donde nada se muda! Desde el primer instante que entra en él, tendrá todo cuanto ha de tener para siempre: halláse inmutablemente en el mismo estado, en

el mismo sitio, en la misma disposicion, en los mismos dictámenes que ha de tener por toda la eternidad. En aquel mismo momento padece ya toda la eternidad infeliz: eternidad de amargura, eternidad de arrepentimiento, eternidad de desesperacion, eternidad de tormentos. Toda la eternidad, digámoslo así, se junta, y la padece en cada instante.

¡O Dios, y qué destino! ¡sufrir cada momento todos los tormentos imaginables, todos los tormentos que puede sufrir un alma! ¡y sufrirlos todos juntos! ¡y sufrirlos para siempre! ¡y siempre sin esperanza de verlos acabar jamás sin el menor alivio, sin el mas leve rasgo de paciencia! ¡O justicia de mi Dios, y qué terrible que eres! Pero ¡ó locura! ¡ó malicia del hombre, y á qué extremo no llegas! ¡Cuando sabes, cuando crees que hay una eternidad infeliz, y pecas! ¡y vives en pecado! ¡y te esponés á peligro de morir en pecado!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que en la imaginacion de esta eternidad se pierde el entendimiento; pero el alma del condenado jamás perderá ni un solo instante de esta eternidad. Si despues de tantos millones de siglos como instantes han pasado desde que el sol gira sobre nuestras cabezas, se hubieran de acabar las penas de los condenados, no por eso dejaria de ser inexcusable el pecador en haberse granjeado voluntariamente una prodigiosa duracion de suplicios, por unos sucios deleites que se pasaron en pocos momentos; pero al fin su locura seria menos intolerable. ¡Qué! ¡por un solo pensamiento consentido un millon de siglos de penas! ¡por un pecado de algunos instantes un infierno de cien mil millones de años! ¡O Dios, y qué rigor! Pero paciencia, que esos tormentos no son eternos. Aunque su duracion sea espantosa, al cabo ha de tener fin. Podria entonces decir un condenado: Todo lo que he padecido, eso menos me resta que padecer: ya tengo dos años, diez años menos de tormentos. ¡Pero una eternidad! ¡una eternidad! Sin poder jamás decir: ¡Un cuarto de hora menos tengo que sufrir! Sin que al cabo de mil millones de siglos entre tormentos pueda decir: ¡Ya se pasó una hora de mis penas!

Sepultado, hundido, anegado en medio de un grande remolino de fuego, que es al mismo tiempo todos los suplicios; inmóvil como una roca en medio de las llamas; penetrado de fuego como un carbon hecho ascua, el infeliz condenado se abrasa, rabia, se desespera, siempre está padeciendo, y siempre pensando que ha de padecer sin fin y sin alivio. ¡Hay infierno; y los cristianos pecan! ¡hay infierno eterno; y el pecado tiene atractivo para los cristianos!